

ETIQUETA FUTURA

EL DÍA DE LA ESTRELLA NEGRA

Frederik Pohl

Un nuevo clásico del autor de **MERCADERES DEL ESPACIO**, **HOMO PUS**, **PÓRTICO** Y **FUEGO DE ESTRELLAS**



Pettyman Castor: un operario de la Granja Colectiva del Grano Celeste en el Golfo de México, convertido sin esperarlo ni desearlo en Presidente de unos Estados Unidos dominados por la China Han.

Tsoong Delilah: una inspectora de la Policía Renmin, arrastrada por amor a tomar parte en una increíble aventura interestelar.

Profesor Fung Boshien, *Muchascaras*: un hombre con once cerebros en su cabeza, en persecución de una verdad inalcanzable.

Feng Miranda: una revolucionaria en busca de la liberación de una Norteamérica oprimida y de venganza por su hermano asesinado.

Júpiter, Jupe: un exiliado de un lejano planeta, un «yanqui» con ansias de devolver la soberanía a su añorada nación.

Los erks: unos antiguos animales de compañía, hechos inteligentes por sus dueños desaparecidos hace mucho tiempo, que intentan «ayudar» a otras razas a través de la guerra.

Éstos son tan sólo algunos de los personajes de una novela fascinante, más allá del tiempo y el espacio...

PRESENTACIÓN

Como dijo recientemente un crítico, «aunque sólo hubiera escrito Mercaderes del espacio (y aunque fuera en colaboración con C. M. Kornbluth), Frederik Pohl merecería un lugar de honor en la historia de la ciencia ficción». A esta obra, sin embargo (que indudablemente señaló todo un hito en el género), yo me atrevería a añadir otras: Homo Plus, Pórtico..., y, por supuesto, ésta.

El día de la estrella negra (no me pregunten el simbolismo del título, por favor) es a mi juicio una de las obras más originales de Frederik Pohl. Empieza como una sobrecogedora antiutopía: Rusia y los Estados Unidos se han destruido mutuamente en una alocada y devastadora guerra nuclear, y tras ella China ha ocupado su lugar como primera potencia mundial, con la India como eterno enemigo. Lo que queda de los Estados Unidos ha sido ocupado por los chinos, que han iniciado una lenta reconstrucción y mantienen el país bajo una benigna esclavitud, más cultural que física. El primer tercio de la novela se encarga de pintarnos este cuadro realista, tan convincente como aterrador. Pero Pohl es incapaz de limitarse a esto como planteamiento de uno de sus libros. Y, así, pronto aparece una nave desconocida, y una lejana colonia espacial de estadounidenses acérrimos que sueñan con reconquistar su gloriosa nación, así como una raza alienígena de animales de compañía hechos inteligentes por sus antiguos amos desaparecidos...

Con todos estos elementos, Pohl construye un relato que puede leerse a múltiples niveles. Debajo de la apasio-

nante aventura superficial, que entusiasmará a cualquier aficionado a la ciencia ficción, subyacen capa tras capa de significados. No tengo intención revelarles aquí ninguno de ellos (ni siquiera, repito, el simbolismo del título). Lo único que les pido es: léanla, y no se queden en la primera capa. No duden en escarbar. Les aseguro que se verán ampliamente recompensados.

Domingo Santos

Castor ya había cruzado medio arrozal formando parte de la larga hilera de trabajadores agrícolas cuando pisó la cabeza del muerto. No estaba pensando en muertos. La verdad es que, realmente, tampoco pensaba en los brotes de arroz que asomaban del fango, ni en la lluvia caliente que caía sobre sus hombros encorvados; estaba pensando en María y en su problema y en nadar un rato y en si habría posibilidad de que la gente del observatorio le permitiera solicitar un trabajo allí y, sobre todo, en lo que María y él harían esa noche, en la cama; y de repente allí estaba. Al principio no se dio cuenta de que era la cabeza de un muerto. No podía verla, aunque el agua apenas si tenía unos centímetros de profundidad, porque los sembradores habían removido el barro del fondo. Su pie le dijo que era algo sólido, y pesado, y que no debía estar allí.

—Turistas... —le murmuró a la vieja Sarah, que iba detrás de él en la fila—. ¡Tiran su basura donde les da la gana!

Alargó el brazo hacia el fango. Unas cuantas tilapias minúsculas se escurrieron por entre sus dedos, irritadas como avispas que perciben un intruso en su nido. Castor se dio cuenta de que aquel objeto era blando y de forma redonda, y al sacarlo del barro vio lo que era.

Su grito de miedo y furia hizo que todo el equipo de producción viniera chapoteando hacia él. Rhoda la Gorda se le acercó con el ceño fruncido, pues ya estaba harta de las tonterías de Castor, y el viejo Franky se reía y no paraba de hacerle preguntas —«¿Qué pasa, Castor, has encontrado otro bebé abandonado entre las plantas?»—, y casi todos ellos estaban sonriendo porque a nadie salvo a Rhoda le molestaba tener una excusa para hacer una pausa mo-

mentánea y olvidarse de la interminable tarea de trasplantar los brotes con el cuerpo doblado por la cintura.

Entonces vieron lo que Castor tenía en la mano y todas las sonrisas se congelaron. Se quedaron inmóviles, mirándole, con el sudor brotando en su piel cubierta por la lluvia, mientras las tilapias jugueteaban por entre sus pies y nadie sabía qué hacer.

—¡Es un asesinato! —exclamó el viejo Franky con voz temblorosa, apoyado en su bastón.

—¡No digas eso! —le ordenó Rhoda la Gorda, pero su voz sonó mucho más asustada que imperiosa. Un instante después cogió el comunicador que colgaba de su cuello y dijo—: Comuna, aquí el Equipo de Producción número Tres. Acabamos de encontrar un cadáver.

Parte de un cadáver al menos, una cabeza... —Se lamió los labios y añadió—: Llamad a los polis y decidles que no es uno de nosotros. Por lo que parece, es un chino Han.

El helicóptero de la policía llegó media hora más tarde, aunque la Granja del Colectivo del Grano Celestial estaba a más de cien kilómetros de Biloxi. Fue una media hora muy larga. El equipo de producción recibió órdenes de no hacer nada y de quedarse allí donde estaban. Y eso hicieron sus catorce miembros: se sentaron en las orillas del canal y se dedicaron a contemplar el sitio donde Castor había dejado caer la cabeza, horrorizado, y donde el viejo Franky había clavado su bastón para que sirviera de marca.

—Secarán el arrozal —profetizó Franky con voz lúgubre—. ¡Tendremos que volver a empezar desde cero!

—¡Rhoda, perderemos los peces! —exclamó la pequeña Nan, aterrorizada—. ¡Sesenta kilos de tilapias, y acabamos de meterlas en el agua!

—Ya lo sé —dijo Rhoda de mal humor, con el ceño fruncido. La ecología del cultivo de arroz no consistía tan sólo en cuidar del arroz. Primero preparabas el arrozal, después lo inundabas y luego lo sembrabas de gambas, para terminar añadiendo las tilapias. Las gambas se alimentaban de

larvas de insecto y de casi todo lo que fuera lo bastante pequeño para ellas. Las tilapias se alimentaban de las larvas de insecto y de las gambas: después, cuando habían crecido, las personas se alimentaban de las tilapias adultas. La comuna no disponía de ninguna otra proteína mejor y más barata. Dado que tanto las gambas como las tilapias eran decididamente carnívoras, los insectos dañinos eran destruidos por ellas y los brotes de arroz quedaban a salvo.

—Pongamos trampas —sugirió Franky—. Quizá podamos salvar las tilapias.

—Voy a conseguirlas ahora mismo —dijo Rhoda, y volvió a hablar con la comuna usando la pequeña radio que colgaba de su cuello; aunque nadie estaba muy seguro de si las trampas resultarían demasiado útiles, pues los alevines de tilapia eran tan pequeños que un gran número de ellos podían deslizarse por entre las mallas y acabar perdiéndose.

Por lo menos había dejado de llover, aunque el ardiente sol era tan molesto de soportar como la lluvia. La noticia había atraído a un autobús procedente de las tiendas de recuerdos de la aldea. Cuarenta turistas del Interior estaban sacando fotos del arrozal y del malhumorado equipo de producción y haciéndose instantáneas los unos a los otros. Dos escolares de la aldea ya se habían presentado con sus bicicletas llenas de limas y pomelos de los huertos privados. Los turistas estaban comprándolos a toda velocidad. El equipo de producción contempló con ojos pensativos aquella inmensa cantidad de fruta pero no compró nada: en primer lugar, la fruta se vendía a precio de turista, y en segundo lugar, los dólares-Renmin de los turistas irían a parar a la economía de la aldea. Un pomelo vendido a los turistas valía más que un kilo de arroz comprado por el estado, y no había que pagar impuestos.

El equipo de producción oyó el repentino zumbido de las cámaras de los turistas antes que el ruido de los helicópteros que se aproximaban. Tres helicópteros de la policía se

posaron en la explanada de los camiones, y todos los miembros del equipo se pusieron en pie. ¡Tres! ¿Qué estaban esperando encontrar, una pandilla de asesinos armados dispuestos a liarse a tiros con los polis? Pero los seis policías que bajaron del primer helicóptero llevaban los galones verdes del control de tráfico y no tardaron en hacer que los turistas subieran a su autobús, protestando, y se marcharan de allí. El segundo helicóptero transportaba a los policías de verdad, armados y con cascos, así como a una pareja de policías sin armas y algo mayores que llevaban cámaras y maletines negros. El tercero no parecía contener más que a una sola persona, una mujer que lucía al cuello las insignias del cargo de inspectora.

La mujer bajó del helicóptero y se quedó quieta. Contempló el arrozal, el autobús de turistas que ya se alejaba, las nubes que iban acumulándose sobre el golfo de México, y acabó volviéndose hacia el equipo de producción.

—¿Quién encontró el cadáver? —preguntó en un excelente inglés.

Los miembros del equipo de producción, aliviados, empujaron a Castor haciéndole dar un paso al frente.

—No era un cadáver, sólo una cabeza —dijo éste, queriendo dejar bien claras las cosas.

La mujer le miró fijamente. Apenas si le llegaba a la altura de los hombros, pero no parecía haberse dado cuenta de la diferencia de estatura.

—Oh, así que sólo era una cabeza, ¿eh? Comprendo... ¡Pero si es sólo una cabeza en vez de todo un cadáver, la cosa cambia por completo! Aun así, mi experiencia me ha hecho aprender que, cuando se encuentra una cabeza, el cuerpo al que perteneció tiene que andar por alguna parte.

El disgusto de Castor ante su sarcasmo superó el temor que le inspiraba verse obligado a tratar con la Policía Renmin.

—Ya sé que una alta funcionaria de la policía comprende todas estas cosas mucho mejor que un campesino —le

respondió en un mandarín impecable.

—¡Ah! —exclamó ella—. ¡Estoy en presencia de un erudito! Pero por favor, permita que le hable en su idioma, dado que algunos de sus colegas quizá no comprendan la lengua culta. Bien, erudito, cuénteme cómo encontró ese objeto, ya sea un cadáver o sólo una cabeza inexplicablemente separada del cuerpo.

Castor se lo explicó y, cuando hubo terminado, los demás miembros del equipo de producción también se lo explicaron, y los policías empezaron a desempeñar su trabajo.

Algunos se metieron en el arrozal y ordenaron que se hiciera bajar un poco el nivel del agua. Otros interrogaron por separado a los catorce miembros del equipo; otros tomaron fotos y usaron botellitas para recoger muestras de agua, barro y otras sustancias. Cuando los policías encargados de los interrogatorios descubrieron que algunos miembros del equipo de producción no llevaban encima sus pasaportes se produjo un cierto revuelo.

Castor era una de esas personas. Enojado, empezó a pensar en las críticas que debería soportar, y en que quizás incluso llegaran a imponerle algún trabajo disciplinario. Pero la inspectora no quiso ni oír hablar de eso.

—¡Olvídenlo! —ordenó—. Es perfectamente natural que la gente no lleve encima el pasaporte estando en su granja: lo contrario sería una estupidez. Ya podrán verificar sus identidades en la aldea. —Y, cuando Rhoda la Gorda le pidió que se les permitiera atrapar a todas las tilapias posibles antes de bajar el nivel del agua, se mostró igual de contundente—. ¡Nadie quiere desperdiciar comida valiosa! Atrapen sus peces. —Así pues, la mitad del equipo de producción fue encargado de colocar trampas y vaciarlas de su nervioso contenido, que fue recogido en tanques para el transporte, mientras la otra mitad empezaba a recorrer el arrozal llevando redes con las que intentarían capturar el mayor número posible de las tilapias que acabarían quedando atrapadas en el barro. Ése fue el trabajo que le co-

respondió a Castor..., ¡realmente, algo digno de un niño de diez años! Era humillante. Siempre le estaban humillando. Incluso el haber sido asignado a la tarea de plantar arroz era una humillación. Los grupos que debían realizar trabajos donde fuera preciso inclinarse eran escogidos entre las personas más bajas de la comuna —eso hacía que no necesitaran agacharse tanto—, y Castor medía casi dos metros de altura. Notó cómo la inspectora de la Policía del Pueblo le miraba de tanto en tanto, divertida, cada vez que Castor tropezaba o caía en el barro, persiguiendo a los relucientes alevines que no paraban de agitarse, y en resumidas cuentas pasó un día bastante malo. La parte buena de ese día malo fue que no llegó a convertirse en peor. La Policía del Pueblo no dejó marchar al Equipo de Producción número Tres hasta que hubo anochecido, sometiéndolo a interminables sesiones de preguntas y repreguntas: además, pasaron gran parte del tiempo esperando a que el nivel del agua del arrozal fuera bajando poco a poco y los técnicos de la policía examinaran el barro y el agua buscando pistas. No había ninguna. No encontraron el arma ni ninguna otra parte del cuerpo, y tampoco tuvieron la suerte de hallar ningún pasaporte dejado caer por un descuido del asesino..., nada. Pero eso tuvo como resultado que tardaron tanto en volver que fue necesario cancelar la reunión educativa de la noche, y el tema del que Castor no quería hablar fue pospuesto.

En vez de ello hubo una reunión improvisada en el despacho del ayudante de la directora, con los catorce miembros del equipo de producción apretujados en él y teniendo que mantenerse de pie para no manchar su excelente mobiliario con sus cuerpos embarrados. No se trataba de ninguna reunión de crítica. El ayudante de la directora sólo quería enterarse de lo que había pasado, por lo que los catorce miembros del equipo tuvieron que repetir su historia una vez más. Eso consumió un tiempo que el equipo de producción habría preferido emplear aseándose para la ce-

na. Aunque no se trataba de una reunión de crítica, Castor recibió una reprimenda.

—Primo Castor... —le dijo fríamente el ayudante de la directora (los dos pertenecían a la familia Pettyman, aunque eso no les hacía mantener ninguna relación muy estrecha, pues sólo siete familias formaban más de la mitad de la comuna)—. Primo Castor, ¡vigila tu lengua! ¿Por qué te mostraste tan descarado con la inspectora Renmin?

—No me mostré descarado. Estaba burlándose de nosotros.

—¡De nosotros...! Querrás decir que se burlaba de ti, y tenía buenas razones para hacerlo. Eres un joven vano y presuntuoso, primo Castor. Un elemento potencialmente problemático. La verdad es que estoy muy disgustado, y no sólo contigo. ¿Cómo piensas recuperar el tiempo perdido, prima Rhoda? —Y la reunión terminó con las exhortaciones habituales a cumplir con lo exigido por las normas de producción y tomarse más en serio las reuniones educativas, y Castor acabó consiguiendo permiso para salir huyendo hacia las duchas.

Después, un poco más limpio, se reunió con su esposa María en el comedor. Ella también llegaba tarde. Trabajaba en el taller de artesanía, y no habían podido cerrar las puertas hasta hacía unos pocos minutos. De hecho, un par de turistas seguían rondando aún por allí, fotografiando a los aldeanos en sus vidas cotidianas, lanzando al aire los Frisbee hechos a mano, pasándoselo en grande y disfrutando de su día entre los pintorescos campesinos de la República Autónoma de Bama. Se besaron: él con un placer algo disminuido por la preocupación, ella con una reluctancia vencida por el deber. Castor tenía muchas ganas de explicarle qué día tan horrible había tenido, pero por su expresión María parecía no sentir muchos deseos de enterarse.

María era alta y rubia: casi tan alta como Castor y con la piel mucho más pálida que ningún otro habitante de la aldea. Sus padres llegaron a la R.A.B. como voluntarios de

ceñudo rostro hacía veinte años. No duraron mucho. Su madre murió en un accidente de tractor un año después de que naciera María. El padre se convirtió nuevamente en «voluntario» pero esta vez se ofreció como tal por voluntad propia. Partió hacia los terribles desiertos que había al oeste de Iowa, y nunca más se volvió a oír hablar de él. La niña quedó abandonada. La aldea no protestó demasiado por ello; la presión para reducir el índice de natalidad aún no era tan fuerte.

Pero, naturalmente, nadie se había olvidado de aquello.

—¿Quieres comer en casa? —le preguntó Castor.

María negó con la cabeza, aunque estaban bastante acostumbrados a que uno de ellos fuera al comedor con sus recipientes, los llenara, y trajera la comida a su apartamento para cenar en la intimidad.

—No debemos dar la impresión de que deseamos escondernos —dijo—. Y, de todas formas, no tengo mucho apetito. —Se quedó callada, como sin saber cómo continuar—. Mañana iré a las pruebas.

—Oh —dijo Castor, pues no había mucho más que decir. Pero luego se animó un poco porque, cuando se acercaron al mostrador, vio que la cena era una de sus favoritas, un curry con abundancia de carne y grandes cantidades de su propio arroz, que era excelente.

María se limitó a picotear un poco de su plato. Castor se preparó para soportar las bromas que los demás ocupantes de su mesa harían sin duda al notar la falta de apetito de María, pues los rumores ya habían empezado a correr, pero no hubo demasiadas. El comedor resonaba con el nervioso zumbido de las conversaciones sobre el gran tema del día; el que una aldeana se hubiera quedado embarazada de forma inesperada no podía competir en interés con el descubrimiento de la cabeza del muerto. Castor tuvo que repetir una docena de veces la historia de cómo la había encontrado: para la gente de la mesa, para los que iban de una mesa a otra, para quienes estaban junto a él cuando hi-

zo cola para el curry, para la fruta y para llenar nuevamente sus tazas ante los recipientes del té.

Las noticias y los rumores volaban por la habitación, y era difícil distinguir unos de otros.

La Policía Renmin estaba registrando los alrededores en busca del asesino. La Policía del Pueblo había atrapado al asesino en el aeropuerto de Biloxi. La Policía Renmin creía que el asesino era uno de los aldeanos..., no, no sospechaban de nadie. La cabeza había caído del cielo como resultado de la explosión producida en un reactor estratosférico.

Pero todos los rumores eran sólo eso: rumores. Por lo menos el panel de videonoticias situado en el fondo de la sala no tenía nada que decir al respecto. Vieron un plano del arrozal e incluso un fugaz vislumbre de Castor señalando con cara ceñuda hacia el punto donde había pisado la cabeza, pero al asunto no se le dedicaron más de veinte segundos.

Por lo demás, sólo hubo otra noticia interesante: un recordatorio de que esa noche iban a proyectar *Sólo ante el peligro*.

—¿Quieres verla? —le preguntó María.

—La vi cuando tenía diez años.

—No, no, es una nueva versión. Dicen que es realmente buena.

Y Castor acabó diciendo que sí, y luego le recordaron que esa noche le tocaba limpieza, que debía encargarse de supervisar a los escolares que colocarían mesas y sillas en su sitio y arreglarían el desorden de la cena. Castor había pensado que tendría un poco de tiempo para estar a solas con María y resarcirse de los sinsabores del día, pero tuvo que quedarse en el comedor, que también servía de sala de reuniones, teatro comunitario y gimnasio y, una vez al mes salón de baile. Era lo bastante grande para todas esas funciones. Tenía veinte metros de diámetro y estaba cubierto por una cúpula de plástico negro. Antes de que Castor hubiera conseguido que el último escolar pasara la escoba

una vez más por un rincón que aún estaba sucio, los aldeanos ya estaban volviendo a entrar en la sala para disfrutar de la diversión de la noche.

La aldea tenía su propia antena de vídeo, naturalmente. Veinte canales de televisión procedentes del satélite geosincrónico suspendido encima de las junglas de Bolivia caían como un diluvio sobre la República Autónoma de Bama. Seis de ellos usaban el inglés. La vieja directora fue con paso cansino hacia la entrada de la sala para proceder a la votación, que era un mero formalismo, porque no había duda del resultado final: los aldeanos querían diversión. Castor pensaba que el espectáculo estaría bastante bien, pero tenía sus propias ideas sobre cómo mejorarlo. Cuando María volvió a entrar en el salón estaba esperándola.

—¿Aquí o allí? —murmuró, rozándole la nuca con los labios. Dado que sólo llevaban seis meses juntos y seguían estando francamente enamorados, su diversión, al igual que sus comidas, solía transcurrir en la intimidad de su apartamento. Su pantalla sin relieve era minúscula comparada con la inmensa pantalla holográfica, pero soportaban con alegría ese inconveniente, pues les ofrecía la inmensa ventaja de poder ver el espectáculo abrazados..., o dejar de verlo y dedicarse a otro tipo de diversión distinta en cuanto quisieran. Pero María le apartó..., eso sí, con suavidad.

—Aquí —dijo con firmeza—. No empeoremos las cosas. —Y, por esa misma razón, insistió en sentarse lejos de él en cuanto empezó la proyección.

Castor no era ni un joven de corazón mezquino ni un joven estúpido, pero, aun así, seguía siendo un joven. Aún no había descubierto que el mundo tenía sus propios intereses y que no perdería demasiado tiempo cuidando de satisfacer los de Castor..., ni el mundo como un todo ni la aldea que formaba casi todo su mundo, ni tan siquiera su esposa. Por lo tanto, se puso de mal humor. Pero su estado de ánimo fue mejorando a medida que se iba dejando absorber

por la épica historia de aquel sheriti Renmin de hacía un siglo, recién llegado del Hogar y amenazado por una pandilla de elementos anti-Partido. El sheriti, interpretado por el famoso actor Feng Wonfred, tenía que enfrentarse él sólo a seis enemigos armados, pero, ayudado por la maestra y otros cuadros, luchaba contra los derechistas del Partido y les obligaba a llevar a cabo su autocrítica. El espectáculo era soberbio, con unas canciones maravillosas, tan pronto tierno como galvanizante; los escenarios mostraban a la perfección esa Norteamérica de finales del siglo XX, con sus interminables extensiones de tierra quemada y aquellos escasos pioneros llenos de valor que intentaban convertirlas en un sitio donde poder vivir. Castor acabó totalmente sumergido en la historia.

Al final de la ópera la pandilla anti-Partido entregaba sus armas y subía al autobús que les llevaría a Pennsylvania, donde serían reeducados, mientras el sheriti Renmin y la maestra se ponían a la cabeza de los cuadros en una procesión victoriosa que recorría la pradera con las banderas agitando al viento. El público aplaudió encantado, Castor incluido. Las imágenes se esfumaron de la pantalla de holovisión y las luces de la sala se fueron encendiendo. Castor buscó a María con la intención de compartir su placer con ella, pero María se había marchado.

Castor encontró a su esposa en la sala de pantallas, absorta ante las consolas. Estaba escuchando la banda sonora a través de unos auriculares y no le oyó entrar; cuando le vio apagó la pantalla. Cuando llegó junto a ella, en la pantalla sólo podían verse las letras Esperando... Esperando... Esperando..., en inglés y en chino, parpadeando con destellos anaranjados. La sala tenía veinte pantallas, cada una con su asiento individual.

Castor las conocía todas. Cuando su petición de asistir a la universidad fue rechazada, no pudo seguir estudiando, de modo que acabó recibiendo la mayor parte de su educación en aquella sala. Su profesor luchó por él... y no con-